

## EPÍLOGO

### Más allá del hombre nuevo: despatriarcar el siglo XXI

Catalina Forttes Zalaquett  
Pontificia Universidad Católica de Valparaíso  
catalina.forttes@gmail.com

*Come writers and critics  
Who prophesize with your pen  
And keep your eyes wide  
The chance won't come again*

Bob Dylan  
*Times are changing*

*Frágil como un volantín  
En los techos de barrancas  
Jugaba el niño Luchín*

Víctor Jara  
*Luchín*

Le dieron el premio Nobel a Bob Dylan, en Netflix se repiten las hagiografías de hombres de los sesenta y setenta que imaginaron y cantaron mejores versiones de mundo. Víctor Jara, Sam Cook, John Lennon, George Harrison y, por supuesto, Bob Dylan son hoy figuras semi-santas que rescatamos no como estrellas de rock, sino como hombres que fueron capaces de conectar por medio de su arte. Así como los poetas románticos se transformaron en profetas capaces de conectar con lo inefable de la experiencia humana, los trovadores y rockeros del siglo pasado movilizaron con su música y sus canciones la libido de una generación hacia el deseo de un mundo más justo y más libre. El disco *Imagine* de John Lennon hace exactamente lo contrario de lo que Herbert Marcuse decía hacía la industria cultural. En lugar de narcotizar y evadir, la música de Jara, Lennon, Dylan hizo que estuviéramos más presentes. Parece que necesitamos recordar que, a pesar de los horrores del siglo pasado, hubo un momento en que creímos que el cambio era posible, que el hombre se transformaría, que evolucionaría, que el hombre construiría el continente americano sería, dependiendo de la clase, la raza, la geografía: socialista, acuariano, comprometido, humanista, espiritual, indigenista, hermoso,

libre. Es nostalgia o estamos intentando rescatar una masculinidad que aunque asesinada, acribillada o envejecida siempre ha existido. Los hombres que evoco no eran santos, pero sí pusieron sus voces y creatividad al servicio de la paz: “War is over, if you want it”. Reconocieron en la guerra la degradación de lo humano y le pusieron voz a la rebeldía de negarse a ser un cuerpo al servicio del exterminio de otros cuerpos. Sonido y emoción construyen la voz de hombres que entregaron su música a proyectos más grandes que ellos y en ese proceso conectaron lo individual con lo colectivo. Las canciones y los discos musicalizaron el amor y la revolución, ambos procesos movidos por la libido de una juventud que, mientras buscaba un lugar en el mundo, lo transformaba.

Yoko Ono, Joan Baez, Patty Smith no fueron musas, sino dínamos creativos que sacudieron la sensibilidad de su generación, ya que encarnaron el potencial transformador de la palabra creativa y la música sobre la vida y la política. Yoko Ono nos dijo que el primer paso hacia la paz era imaginar otro mundo, y que las canciones de amor no eran románticas, sino una revelación de que lo bello y lo sublime se encuentra siempre en la comunión con el otro. En el documental *John & Yoko: Above us Only Sky*, Ono dice que ella con el tiempo se dio cuenta de que la razón por la cual ella y John se conocieron fue para escribir “Imagine”, la canción mas importante del siglo XX, según la crítica especializada. Junto a Ono, Lennon amplifica su mensaje al descubrir que la dominación imposibilita al amor en su manifestación carnal y espiritual y que la paz es la forma en la que el amor se manifiesta tanto en lo individual como en lo social.

De este lado parimos al hombre nuevo (no al hombre y la mujer nueva), un sujeto que pondría a América Latina al día con la modernidad. Un hombre que, al igual que el de hoy, tenía que ajustarse a las demandas de su tiempo o morir una muerte de dinosaurio. La literatura, el cine y la canción desafiaron los lenguajes añejos de la burguesía y representaron universos campesinos, ancestrales, populares, definidos por las creencias y herencias de un hombre que conectó con los saberes de su tierra, su madre y su abuela y que levantó la pluma o la guitarra en lugar del fusil. Cuando le pregunto a mi padre cómo fue ser un hombre joven durante el verano de 1971 en Chile me dice que, independiente de donde te encontrabas dentro del espectro político de la época, nunca hubo en nuestro país tanta libertad como entonces. Una libertad proporcional a la represión que la siguió y que quedó inscrita en las cintas, los discos y los libros que todavía son puente entre la realidad y los mundos posibles. La guerra nunca fue fría por estos lados, las trincheras se cavaron en las familias, en los barrios, en las escuelas y las universidades. El hombre nuevo tenía que hacer la revolución todos los días y en todos los espacios, sin embargo, lo que hoy me parece más revolucionario fue la forma en que se colectivizaron las emociones, los sueños y los deseos ya que solo se podía cruzar el umbral al mundo nuevo juntos. Creo que cuando en Latinoamérica evocamos los sesenta lo hacemos para acordarnos que hubo un momento en que los proyectos personales se

## **Adiós a las armas**

Despatriarcar América desde la cultura

imaginaron en términos colectivos y por lo tanto también se movilizaron a partir del amor y el deseo de justicia. El amor que nutre el deseo de justicia es revolucionario y contagioso, y nutrido por los ritmos del rock y la libido expansiva de una juventud que descubrió en el placer una forma de protesta, se tornó en los sesenta peligroso y desestabilizador. A los más jóvenes hoy les impresiona que las figuras más emblemáticas de ese momento hayan muerto muertes tan violentas.

Los sesenta son, como establece Fredric Jameson, paradojales en que los logros en la representatividad política son eclipsados por la implementación de estructuras económicas aún más deshumanizantes que las anteriores. Jameson se refiere a los largos sesenta, una década que comenzó en los cincuenta con los procesos de decolonización africana y que se cerró con los golpes de Estado latinoamericanos. Fue una década en que, por un lado, se levantaron nuevos actores sociales como: los estudiantes, la mujer y el hombre negro desde Argelia hasta Alabama, a la vez que el mundo escuchó la voz de las víctimas de la colonización y la dominación patriarcal; y por otro, también es el momento en que se vuelve a cercar la tierra para promover un proceso de industrialización global. Según el crítico, la promesa de la llamada “revolución verde” era alimentar al mundo al implementar un nuevo modelo agrícola que permitiría productivizar la tierra como nunca antes. Sin embargo, si bien hubo cantidades inauditas de trigo y de leche, el mundo conoció nuevas formas de miseria y hambre. Así los escritores, los músicos y los cineastas, en el mismo gesto del poeta romántico, se movilizan para hacer ver los costos del nuevo modelo de producción y se preguntan por la forma en la que sobreviviría el amor, el campesino y la naturaleza en el nuevo orden.

Una de las discusiones que vinculan a los artistas que vinieron y participaron de las revoluciones del siglo dieciocho con los de los largos sesenta es la discusión en torno al lugar de la mujer en la nueva sociedad. La representación de la continuidad entre la tierra, la naturaleza y la mujer es evidente en ambas instancias y en ambas se advierte que los cercos que privatizan e industrializan la tierra empobrecerán la experiencia humana mediante el dominio de lo femenino y lo nutritivo. Mary Shelley advierte, por medio de la representación de lo monstruoso como resultado de la instrumentalización de la razón al servicio de la ciencia, sobre la ausencia de la mujer y la naturaleza en la cercada imaginación industrial. De este lado del mundo y en otro tiempo, la canción folklórica recoge el dolor de una tierra y una mujer, obligadas a dar y nutrir sin recibir nada a cambio. Atahualpa Yupanki escucha el canto de una mujer esclava que consuela a un bebé por la ausencia de la madre que está en los campos trabajando por nada. Aquí, como allá, falta la madre cuando los frutos de la tierra no son para los hijos de quienes trabajan y el negrito debe callar su llanto para que no llegue el diablo blanco y le coma la patita.

Christopher Connery establece que los sesentas son globales y que la guerra de Vietnam escenifica en la selva y en la televisión la contienda desigual entre el oprimido y el opresor. Vietnam se repite así en cada enfrentamiento y tanto Víctor

Jara como los Quilapayún lo invocan para representar la resistencia en las formas del campesino, del pobre y del colonizado. Sin embargo, la lucha femenina no se configura como un Vietnam. Los escritores del *Boom* son mezquinos en su representación de la mujer y estas siguen siendo inspiración, compañeras o soportes para los proyectos masculinos de transformación estética o social el lugar de sus agentes. La solidaridad y el amor que se expresa por el oprimido no alcanza para la mujer, pues el dominio sobre esta sigue siendo una garantía patriarcal invisible al hombre nuevo.

### **Promesa incumplida: patriarcado y soledad**

Los sesenta, como establece Jameson, se acaban abruptamente con los golpes de Estado en el Cono Sur, sin embargo, sospecho que la violencia que como sociedades sufrimos con el Golpe y el horror que lo siguió se procesó psicológicamente como la expresión de un poder antiguo y conocido. Las figuras como Pinochet no aparecen de la nada, estaban prefiguradas en el patrón de fundo, en el capataz de ingenio, en el encomendero o el conquistador. R.W Connell establece que la colonización americana es un proyecto masculino y que encontramos en el conquistador un modelo de masculinidad que instala la violencia y la codicia como bases para una sociedad individualista donde el emprendimiento militar y comercial son el sustento para un marco moral rígido que protege el privilegio y los bienes de unos pocos hombres blancos.

Las masculinidades que analicé en el artículo con el que contribuyo a este libro se construyen en cercanía histórica de las dictaduras del Cono Sur y la revolución económica y social que implicó la implementación de un modelo neoliberal. La dictadura exacerbó modelos de masculinidad autoritarios, que ya tenían una tradición en las formas de sociabilidad latinoamericana. El dictador no es una figura que surge de un vacío, sino la continuación de modelos de género construidos a partir de la violencia expresada por medio de la dominación y la exclusión del campesino, el indígena, el obrero, el sujeto popular y la mujer. De la misma forma en que el dictador se nutre de las masculinidades terratenientes, capataces y militares, los modelos hegemónicos de hombría de los procesos de transición actualizan la masculinidad dictatorial al representarla desde la codicia y la capacidad de lucrar (Carreño).

Lo históricamente coherente es juzgar y rebelarse contra la generación anterior, sin embargo, hasta hace unos meses (octubre, 2019) como sociedad nos caracterizábamos más por las formas en que reprimíamos el descontento. En la ficción, este estado emocional se representó frecuentemente como un hijo o un joven que prefiere no comunicarse antes que entrar en una discusión o un enfrentamiento. Leo, de esta manera, en las literaturas del cambio de siglo una figura que contiene

## **Adiós a las armas**

Despatriarcar América desde la cultura

sus sentimientos, no porque le tenga miedo a sus padres o respete su autoridad, sino porque le falta un lenguaje para articular sus emociones. La ausencia de comunicación deja huellas que se evidencian en la representación de cuerpos prematuramente deteriorados, adictos y ansiosos. La dificultad en la conexión entre el cuerpo, los sentimientos y la expresión de estos es, de esta manera, una constante en la representación del hombre en el cambio de siglo. Bell Hooks establece que una de las demandas fundamentales de toda mujer (heterosexual, gay, bisexual o célibe) es el amor de los hombres en su vida (padres, abuelos, hermanos o parejas) y que este es precisamente uno de los ámbitos para el cual el patriarcado no prepara al hombre. Los hombres son tempranamente atrofiados por los privilegios que promete la masculinidad hegemónica, ya que como dice Hooks, no provee otras herramientas para lidiar con la frustración de la promesa, inevitablemente incumplida, que no sean la ira y la violencia hacia otros o hacia ellos mismos.

Uno de los deseos de este libro es por tanto, sin ignorar los privilegios que legitiman la articulación de la subjetividad masculina, hacer foco sobre los costos sociales del pacto patriarcal y por sobre todo en la forma en que reduce las posibilidades expresivas y creativas de la experiencia masculina. La representación de la masculinidad en la cultura hispanoamericana contemporánea tiende a agruparse en dos categorías. Por un lado, da cuenta de las formas en que las masculinidades subalternas negocian, mediante la representación simbólica de la violencia, su lugar en una estructura social que legitima como modelo al hombre blanco, rico y heterosexual; en tanto que por otro, representa a un hombre perdedor, enfermo, doliente y vulnerable que, en la ausencia de un lenguaje que legitime su incomodidad, interioriza la violencia patriarcal. Creo que el gesto de mirar hacia los sesenta en busca de referentes se relaciona, no solo con la caducidad de los modelos de masculinidad heredados, sino que también, con la incapacidad de redefinir nuevos modos de ser hombre a partir de la vulnerabilidad.

Es importante consignar que son las escritoras proto-feministas decimonónicas (como Luisa May Alcott o las hermanas Brontë) y las primeras del siglo veinte (Virginia Woolf o Charlotte Perkins Gilman), quienes inauguran el gesto político de visibilizar el dolor de vivir dentro del marco patriarcal. Previamente a la articulación de demandas y reivindicaciones colectivas, la escritura de estas experiencias fue una forma de comunicar la vulnerabilidad de un sujeto doliente y así agenciar el ejercicio empático que resulta del acto de lectura. De esta manera, los cuerpos aletargados, intoxicados, melancólicos, enfermos o desafectados de los hombres representados en las literaturas recientes llaman la atención sobre un momento que podríamos potencialmente leer como proto-político en relación a la configuración de una demanda masculina al modelo patriarcal.

La representación de proyectos vitales que escapan al guion capitalista burgués descrito tantas veces por la novela de formación, hace un comentario sobre la rigidez de las estructuras sociales mediante la representación del intelectual o

artista que vive al borde del sistema, pero que hasta hace poco no se desgastaba o no encontraba la energía para cambiarlo. Se hace evidente que, después del estallido social o el despertar popular de octubre de 2019, podemos comenzar a ver un hombre que ya no logra reprimir su inconformidad, sin embargo aun es muy temprano para ver el efecto que este estallido tendrá sobre las masculinidades latinoamericanas. Las mujeres feministas han vuelto a interpelar a la masculinidad patriarcal con acciones de arte como “un violador en tu camino” del colectivo Lastesis, pero aun es temprano como para saber si ha habido un verdadero “despertar” en términos de masculinidades. Despertar significa tomar conciencia del daño que han causado como avatares del patriarcado y desde el dolor de la autoevaluación comenzar a reparar. Hasta ahora solo las masculinidades *queer* han imaginado y escenificado modelos de género que desafíen el *status quo*, a pesar y debido al dolor que este genera. Pareciera que hasta hace dos meses el cinismo era el modo “por defecto” para responder a los horrores del mundo y si bien los compromisos sociales y personales se consideraban respetables, también para muchos eran vistos como un desgaste fútil. El dolor, que en otros momentos de la historia se ha considerado una experiencia constitutiva del yo y de la masculinidad al ser significada por medio del sacrificio, el ascetismo o el romanticismo, es en el capitalismo tardío el estado que se interpone a lo que entendemos por felicidad y plenitud (Ahmed). Resalto nuevamente, la representación literaria del cuerpo masculino herido de soledad, pues funciona como la primera señal de vulnerabilidad de una masculinidad que aún no genera un discurso político sobre su crisis. La “loca en el desván” de Gilbert y Gubar es en muchos de los textos de nuestro presente un hombre encerrado que, en el mejor de los casos combate la soledad escuchando discos, viendo películas o leyendo y en el peor (y más nefasto) expresando su odio contra la mujer y la humanidad tras el anonimato de la pantalla.

Debido a que la representación literaria del hombre del nuevo siglo se caracteriza por su pasividad y su capacidad autodestructiva. Hoy quizás más que en los sesenta convivimos con el hombre unidimensional de Marcuse. Un hombre demasiado mediatizado y narcotizado como para transformar su incomodidad en revolución. El capitalismo y la industria cultural que lo sostiene, representa la autodestrucción como la forma en que el hombre incómodo o doliente deja de ser un problema. Bajo este predicamento, los excesos de alcohol, drogas y vicios culpan moralmente al hombre por su debilidad, a la vez que constituyen los ritos de pasaje hacia una hombría ensimismada y violenta. Se podría pensar que estamos ante un joven inconforme que trabaja asiduamente en su autodestrucción o su aislamiento. El acceso a las armas y el anonimato de internet han posibilitado la aparición de un joven que en lugar de asumir responsabilidad por su aislamiento o por todo lo que siente la sociedad o las mujeres no le han dado, decide matar y destruir al mundo que lo rechaza. El *incel* al que le negaron el sexo, el neo-nazi, el

## Adiós a las armas

Despatriarcar América desde la cultura

feminicida, son todos hombres legitimados por una cultura en la cual la vulnerabilidad masculina se traduce en violencia.

Durante los últimos meses se ha visto lo que parece un nuevo hombre en la calle. Uno que lucha y que no teme al enfrentamiento, un hombre que ha salido de su encierro y que vive una nueva fraternidad en la calle. Sin embargo, cuesta no ser suspicaz ante el chico que finalmente encontró una forma de desafiar el *status quo* en la contienda desigual y en la destrucción. Si bien estos comportamientos son coherentes con las circunstancias sería hermoso ver a más hombres cambiando la sociedad no solo en la calle desactivando lacrimógenas sino que también en casa desactivando las dinámicas opresivas del patriarcado. ¿Cuándo veremos al hombre que conversa de sus problemas sin temor a vulnerabilizarse, que aprende que cuidando a otros también se cuida a él mismo, que evita la violencia porque sabe que es un camino tan poco legítimo y destructivo como tirarle balines a los jóvenes? ¿Cuán lejos está el carabinero que elige como nombre de combate “Súper Dick” para sentirse autorizado a reprimir, violar y matar amparado por el patriarcado y sus instituciones del hombre que se aprovecha de una amiga pasada de copas, o el que deja que su mamá vuelva cansada del trabajo a hacerle la cama y de comer? La cultura patriarcal penetra todas las dimensiones de la vida y lo desactiva solo la empatía, la solidaridad y la confianza en el otro. El hombre nuevo de los sesenta y setenta no vio esto al restarle lo femenino a la solidaridad. Así como Jameson argumenta, si bien en los sesenta hay un despertar de nuevos actores sociales e históricos, también fueron años en que se afirma el modelo extractivista planetario que nos rige hasta hoy. Ya no puede ser un hombre nuevo el representante de una nueva conciencia, sino una sociedad nueva que se organice de forma justa y que se enfoque en un trabajo de reparación. Parte del nuevo pacto social implica necesariamente actualizar o incluso reinventar nuestras relaciones de género, para de una vez por todas puedan “dormir tranquilas las niñas inocentes” como ironizan Lastesis.

Parece que es el momento de no solo recordar a los hombres que pudieron haber cambiado el mundo, sino de hacer el trabajo de reflexionar sobre lo masculino, de separar lo patriarcal del hombre, de educar a los niños en los lenguajes del amor, de enseñarles a cuidar y nutrir lo humano y lo no humano, porque es solo en comunión que vale la pena vivir.

## Obras citadas

- Ahmed, Sara. *The Promise of Happiness*. Duke UP, 2010.
- Carreño Bolívar, Rubí. “Músico errante: Masculinidades, estéticas y mercados en la música popular y narrativa latinoamericana reciente”. Proyecto FONDECYT 1141209, 2014.
- Connell, R W. *Masculinities*. University of California Press, 2005.
- Connery, Christopher Leigh. “The World Sixties”. *The Worlding Project: Doing Cultural Studies in the Era of Globalization*, editado por Rob Wilson y Christopher Leigh. New Pacific Press, 2009.
- Epstein, Michael. *John & Yoko: Above us Only Sky*. Eagle Rock Film Productions, 2018.
- Gilbert, Sandra M, Susan Gubar. *The Mad Woman in the Attic: The Woman Writer and the Nineteenth-Century Literary Imagination*. Yale University Press, 1979.
- Hooks, Bell. *The Will to Change: Men, Masculinity and Love*. Square Press, 2004
- Jameson, Fredric. “Periodizing the Sixties”. *Social Text*, no. 9, 1984, pp. 178-209.
- Marcuse, Herbert. *One-Dimensional Man: Studies in the Ideology of Advanced Industrial Society*. Beacon Press, 1964.

*Adiós a las armas. Despatriarcar América desde la cultura* se terminó de editar y diagramar durante septiembre del año 2020

